

INCENDIOSMIO...



Hubiera o hubiese, apagado; hubiéramos o hubiésemos, apagado; hubieras o hubieses, apagado... Historia del hubo, de haber, habido. ¿Quién carga ahora, con semejante culpa? O mejor ¿Tiene sentido encontrar ahora, al culpable de no haberlo apagado?

Humo, humo, humo, humo negro. Sólo humo negro en las ventanas. Humo negro en volutas, destruyendo blancuras e inocencias, descolgándose entre maldiciones de herejías y silencios sacros. Miles de lenguas de fuego, cada tanto asomadas al balcón y luego, vueltas a esconderse. Lenguas rojas de fuego, asomándose al segundo y tercer piso. Cada tanto se besan, abrazan y luego, vuelven a esconderse. Crepita la madera, entre las chimeneas que construye el fuego. Chisporrotean ventanas, explotan vidrios... y llora el cielo, de las primeras luces de la madrugada en llamas.

Gente, mascotas, humo, desesperación, bomberos y sirenas. Sombras nebulosas, en las que nada se distingue. Ni dónde termina uno, ni dónde, el otro. ¿Adónde ir, adónde quedarse, adónde escapar...? Los únicos que saben adónde ir, son los bomberos. Los demás, son pura confusión. Confusión. Incapacidad somnolienta de pensar, a velocidad normal. Despertar brusco. Despertar sin despertar. Despertar en pesadilla. Despertar, entre sirenas y gritos. Tiembla el piso, tiembla el pulso, tiembla el mismo temblor del miedo y de la desesperación. Crepita el suelo de la calle, crepita el fuego a la distancia, crepita el mismo drama amaneciente...

Espectacular panorama de colores homicidas, mechado entre los matices de los grises. Padecido en desnudez por muchos, desde el centro mismo de una nebulosa trágica. El incendio arrasa enloquecido, el consultorio médico del Doctor Bitelli y luego se propaga, saltando en regocijo, al resto del inmueble. Edificio antiguo de veintisiete pisos, con cimientos de historia. Gigante herido, de veintisiete pisos. Monstruo modesto, de veintisiete pisos. Castillo de altas torres, de veintisiete pisos. Veintisiete pisos. Veintisiete vidas en promedio, en cada piso. Veintisiete por veintisiete. Y la escalera de emergencias, oxidada.

Autoclave, horno caliente. Pequeña muestra del infierno, encapsulada. Autoclave que esteriliza, limpia de todo microbio, a bisturíes, tijeras, pinzas y material sanitario, utilizados en los blancos consultorios. Y no es el único; hay varios autoclaves, en el mismo corazón del edificio. Autoclave: estufa de temperatura alta, muy alta, que alguien olvido apagar. Algo se trabó, y nunca más cortó. Nada se sabía de la enfermera, ni de la secretaria. ¿Culpables? Estufa de doble cámara, aire caliente generado en resistencias de muchos voltios y amperes. Relámpago en miniatura, domestico. Equipada con cintas de última generación, que se colocan en los paquetes o cajas para esterilizar. Testigos mudos, que viran de color. Tecnología de primera, transformada en tea asesina y destructora. Tecnología de primera, todavía en garantía. Fallo Crítico. Solución tolerante al fallo, pero intolerante con los intolerantes.

Incendio en la torre. Incendio devorando el rascacielos. Daños, incendio y explosiones, a consecuencia directa. - *Pero el edificio no se va a desplomar. Su estructura central, es de hormigón* - opina un sabio experto - de esos que nunca faltan, en estos casos -, que justo pasaba por la calle del madrugador siniestro. Conjunto de gente, corriendo de un lado para otro. Son ambulancias y son gente. Muchas. Gente corriendo y descolgada de un marco, a sangre de color verde chamuscada. Un montón de gente, corriendo en sentido contrario. Gente corriendo, para aquí y para allá. Movimiento de gente, corriendo y recorriendo. Recién amanece, pero nadie se da cuenta.

Humo, fuego y lágrimas. Cada vez más... Humo, fuego y llamas. Cada vez más y más... Imágenes de fuego y de humo. Fuego y humo. Donde hay humo, hay fuego. Humo, y tras el humo fuego, y tras el fuego, la angustia y el dolor. Cuarto... quinto... sexto... Llamadas... séptimo... octavo piso... Humo que asciende ordenado, vertical. Llamadas que se abrasan y se abrasan, saltando de piso en piso, cada vez más y más alto. Bolas de fuego, girando. Bolas de fuego, lanzadas a lo más alto. Humo, fuego y lágrimas. Hay gente que salta al vacío... al vacío, como si se aliviase del intenso calor por un instante, al saltar, saltar, saltar. Horror en miniatura, observado desde lejos. Horror en mayúscula, por todas partes.

Bomberos. ¡Al fuego, bomberos! Horas y horas de trabajo intenso. Sin pausas. Horas de incendio, rescate, peligro, asfixia, subir y bajar. Bajar y subir. Milagros, grabados en fuego. Rescate de víctimas, conscientes e inconscientes. Rescate de múltiples víctimas. Grandes y pequeños. Extracción de víctimas. Gordos y flacos. Personas, perros y gatos. Esfuerzos y esfuerzos. Esfuerzos mucho más allá, de todas las precauciones de elemental seguridad. Bomberos voluntarios, bomberos involuntarios y de los otros... Salvar una vida, salvando la de uno. Salvar dos vidas, salvando la del otro.

Al mediodía, logran controlar al monstruo desatado. A las cinco de la tarde, dan por extinguido el incendio. Cenizas que humean y se niegan a enfriarse, a apaciguarse. Cenizas que humean, sin llamas. Lluvia de cenizas, que llegan y que caen... Casi sin mundo, casi sin libreto, en un paisaje donde todavía humean las cenizas de un gran fuego. Paisaje humeante que llena de tristeza, de pasado. El fuego, en cambio, excita y desespera. El fuego, ahora solo queda en las memorias.

Al principio, son cuarenta y cinco. Cuarenta y cinco muertos. Cuarenta y cinco vidas. Cuarenta y cinco ausencias. Cuarenta y cinco dolores, multiplicados por vaya a saber cuantos más, de todos los dolores. Tragedia nacional, universal, sin límites. Lista parcial de fallecidos, a cada hora ampliada. Lista parcial de heridos, a cada hora aumentada. Lista de personas buscadas, a cada hora agigantada. No identificados. No identificados, que desquician. Como objetos voladores, no identificados. Como barcos, no identificados. Como objetos arquitectónicos, no identificados. Como pájaros, no identificados. Muerte fallecida, fenecida, expirando acabada, como una parca negra de exterminio, que hace estragos en los campos florecientes. Al final, son setenta y tres los muertos... Ni uno menos, ni uno más.

Y luego, con los días y las noches, llegan las horas amargas de las culpas. "Mea culpa".

Inspectores. Justicia. Policía. “Mea culpa”. El autoclave del segundo piso, fue la causa. Culpable. La persona que se lo olvido prendido. Más culpable. “Mea culpa”. “Mea culpa”. “Mea culpa” ¡¿Por qué no lo apagó?! Culpable. Genéticamente re-culpable. “Mea culpa”. El problema es que murió la secretaria, en el incendio. Culpable. ¿Quién permite los autoclaves, en los edificios de viviendas, en las torres? Ella, es la única culpable. ¿Autoclaves, conviviendo - en un pacto suicida - con alfombras de nailon? - ¡Ah, no! *Ella es la culpable. Culpable, culpable, culpable. Nadie más, nadie más, nadie más que ella. La única culpable, es ella - Pero está muerta...- Entonces, el médico es civil y penalmente responsable... ¡A la cárcel, con el maldito médico...!*

Negligencia, impericia e imprudencia. Homicidio culposo. Penal y civilmente responsable. El tribunal, debía impartir con los ojos bien vendados su Justicia. El Fiscal, acuso. La sociedad, no se calmo. El culpable perfecto, apuntando hacia la cárcel con sus huesos - *¡Qué se pudra...!* - dijo uno - *¡Qué reviente...!* - gritó el otro.

Los familiares de las victimas, querían la pena más cruel. En realidad, querían venganza, mucho más que justicia. Vengarse, en un ser de carne y hueso.

- *Lincharlo, no estaría nada mal...*- gritaban cientos y cientos por las calles. Venganza, placer del “Dios Pueblo”.

- *Si no se lo lincha ya, se corre el peligro de ponerse a pensar, en que es lo que no hicieron la Policía, los Bomberos, los inspectores municipales, los legisladores, el consorcio de propietarios, antes de la enorme tragedia. Pensar, a veces se torna algo muy molesto* - comentó con ironía un periodista, generando indignación. Pero la verdad, nunca se avergüenza de mostrarse, sino de esconderse. Y había valientes, como el señor periodista, que hacían tomar conciencia a esa sociedad tan pasional - *Estamos, como estamos, porque somos, como somos...*

- *Mi cliente es el chivo expiatorio, de toda esta tragedia. Se acusa, nada más y nada menos, que a un profesional honorable de la medicina, intachable en su vida e intachable, en su quehacer como galeno. Se lo culpabiliza, porque es mucho más fácil culparlo a él, que pensar en que somos toda una cultura transgresora, donde no hay leyes claras o donde nadie, efectúa los controles preventivos* - lo defendió su abogado, utilizando unas y dientes, con toda su vehemencia. En realidad era todo un estudio de abogados. Lo mejor de lo mejor, de la ciudad. De lo más caro

- *¿Debo ser culpable? Ustedes lo dirán... La culpa de un capitán... Pero pónganse en mi lugar. Cuesta mucho concebir la fatalidad, imaginarse el accidente, el incendio ciego que arrasa con todo. Como creer que sucedería, lo que nunca había pasado. Como pensar en lo impensable. Como esperar a eso, que de pronto estalla y enciende al peor de los desastres. Piedad señores, piedad. El control de la infección, era todo mi desvelo... - proclamo emocionado el medico en su apelación, mirándolos a todos a los ojos y logrando conmovierlos. Tres años y seis meses de prisión en suspenso, fue el suave veredicto.*

Justicia, hablando a través del veredicto. Culpable “ma non troppo”, proclamando esa extraña melodía de notas y barrotes de goma. Uno solo, cargando con la culpa de todos. Y luego todo, todo, todo cayendo en la bolsa del “se va a olvidar”, como siempre fue, siempre es y siempre será. El culpable, una vez que haya cumplido con su deuda, “a otra cosa,

mariposa”. Como siempre, como ha sido y como será. Justicia humana. Justicia limitada. Justicia... ¿Justicia? ¿Cuántas veces será justa? ¿Cuántas injusta?

Eximición de prisión. Delito excarcelable. Derechos humanos. Derechos constitucionales. Derechos y garantías. Derechos y doblados... Y más adelante, el médico, abrazando con fuerza y en secreto, a su enfermera amante - *¡Por fin! ¡Por fin, se terminó todo! ¡Cuántos problemas! Lástima por las otras setenta y dos personas, pero la bruja de mi secretaria, bien que se merecía que le dejase trabado el autoclave. ¡Ja, ja, ja! ¡Pedazo de estúpida! ¡Quería extorsionarme, cuando se enteró de lo nuestro...!*

- *¡Ah, fuiste vos! ¡Basura...! ¡Me había imaginado, que vos provocaste el incendio!* - Negro, bien negro. Un Colt, calibre treinta y ocho. El disparo, perforó el pecho del galeno. De excelente puntería, gozaba esa enfermera. Y además, ella tenía dos hijitos, ahora solo en su memoria... claro, tenía dos hijitos muertos en el cuarto piso, de cuando había ardido todo...

Fin